



## ¡Es la secundaria, estúpido!

Mariano Fernández Enguita

Departamento de Sociología de la Universidad de Salamanca  
[www.enguita.info](http://www.enguita.info)

**Ante los problemas de la secundaria, el autor propone la exploración de una educación que combine la enseñanza escolar y el trabajo-aprendizaje para determinado alumnado, flexibilizar los tiempos escolares, y concentrar la atención en los centros y sus proyectos educativos y no tanto en el sistema.**

Lejos de traer la igualdad prometida, la universalización de la secundaria nos sitúa ante un nuevo y alarmante panorama, no porque las cosas vayan peor que nunca, como algunos parecen necesitar y anhelar, sino sencillamente porque no han mejorado lo suficiente, a la altura de los nuevos desafíos, y porque las soluciones a los viejos problemas han provocado nuevas dificultades.

Para empezar, entramos en la sociedad y en la economía del conocimiento. Por muy manida que resulte esta afirmación, no deben escapárse nos sus consecuencias más relevantes para la comu-

nidad y para las condiciones y oportunidades de vida de quienes la formamos. En el plano individual, nuestras oportunidades dependen y van a depender cada vez más de nuestro conocimiento, de nuestra cualificación. Salvo unos pocos afortunados que puedan heredar una fortuna suficiente, beneficiarse de un gran poder familiar o ver resuelta su vida por un golpe de suerte, los demás se verán abocados a buscar sus oportunidades en un mercado de trabajo y unas organizaciones obligadamente competitivas que requieren trabajadores y profesionales cualificados y están dispuestos a pagarlos y mimarlos, y que por el

**“La flexibilización en el uso del tiempo supone plantar cara a la que quizá sea la rigidez más absurda y escandalosa del sistema escolar”**

mismo motivo no quieren ni sienten responsabilidad alguna por los no cualificados. En el contexto de una sociedad global e informacional, los no cualificados se verán fácilmente desplazados por trabajadores inmigrantes (aquí) o extranjeros (allá), así como por maquinaria y software capaces de sustituirlos con ventaja en sus tareas.

En el plano colectivo, los gobiernos de los países con economías avanzadas están cada vez menos capacitados para defender a sus trabajadores a través de medidas proteccionistas, por lo que sólo les queda asegurar su defensa invirtiendo en su capital humano, es decir, en su cualificación. En todo caso, esta cualificación redundante también en la productividad de la economía nacional, una buena parte de la cual está formada por bienes públicos, lo que la convierte asimismo en otro bien público (es decir, un bien cuyo disfrute no es privativo y en el que, por tanto, cuanto más tenga el otro, mejor estaré yo). Este punto no contradice al anterior, y todo se resume en que, por un lado, todos nos beneficiamos de una mayor productividad colectiva para una distribución dada de los recursos (de una tarta mayor cuando la proporción de las porciones es fija), a la vez que dependemos de su distribución individual para un producto o una productividad colectiva dados (de la forma en que dividimos en pedazos una tarta dada).

En suma, la cualificación del trabajo, cuya base es la educación general, se sitúa cada vez más en el centro de la problemática social. Es por ello que resulta alarmante la dificultad manifiesta de lograr que toda la población obtenga unos resultados satisfactorios en la enseñanza obligatoria. Puede decirse, con Emmanuel Todd, que así como la generalización de la enseñanza primaria fue el gran éxito del siglo XIX (entre nosotros, del XX), la generalización de la secundaria amenaza con convertirse en su gran fracaso. Esta preocupación histórica, estructural, no debe confundirse

en modo alguno con la polémica política, coyuntural, por la que se pretende presentar el fracaso o el abandono existentes como resultado de la actuación de un gobierno concreto y, en particular, de las reformas educativas. Si entramos en esas comparaciones, la situación dista mucho de dar la razón a catastrofismo alguno: en 2003-2004, la tasa bruta de graduación al terminar la Educación Secundaria Obligatoria fue del 78%, y la proporción de alumnos que salieron de la ESO con el título de graduado fue del 71,4%. No lo hicieron así, por tanto, 28,6%. Esta cifra, más que preocupante en sí misma, no puede convertirse, sin embargo, en argumento contra reforma alguna ni en indicador de no se sabe qué catástrofe reciente, ya que, en 1975, el porcentaje de alumnos que abandonaba la Educación General Básica sin el título de graduado era del 32%... con la sola diferencia de que eso sucedía ya a los 14 años, no, como ahora a los 16: en otras palabras, hemos logrado retener a la misma proporción de alumnos, *durante dos años más*; no dispongo de datos sobre cuántos de aquellos graduados terminaron bachillerato o formación profesional aunque fuera con retraso, pero sí se puede saber que sólo el 45% terminó el segundo curso de uno y otra a tiempo (aunque otros pudieran hacerlo después). Sí es cierto que, en el bachillerato pre-LOGSE, tras acceder el 54% de los egresados de EGB, aprobó primer curso en un año el 85,2 y segundo el 84,8 de los alumnos, mientras que en el actual, tras acceder el 59% de la población total, lo hacen el 72,5 y el 70% (con dos años más de edad).

¿A qué responden estas cifras? Es evidente que los alumnos no vienen de las mismas familias y comunidades, ni viven y estudian con los mismos medios personales y materiales, ni son escolarizados en las mismas condiciones, pero lo que hay que resaltar es que en todos los medios sociales, niveles económicos y centros escolares encontramos toda la gama que va del éxito al fracaso, de



la adhesión al abandono, aunque ciertamente en distintas proporciones. Por otra parte, la obsesión con el concepto de *fracaso* nos hace olvidar que no todos los alumnos ponen el mismo empeño en alcanzar el *éxito*, esto es, que se esfuerzan en grado muy distinto e incluso pueden optar racionalmente por *fracasar*, es decir, por abandonar la institución o por vegetar en ella protegiéndose de sus exigencias. Quedan, en todo caso, los que no lo consiguen, y aquí cabría comparar la enseñanza general con el permiso de conducir, que todo el mundo logra tarde o temprano. La exigencia de una norma común, de un *rendimiento normal*, actúa contra los alumnos como el *lecho de Procusto*: para unos es demasiado y, para otros, demasiado poco, dada la incapacidad del sistema, de los centros y de los profesores, que se diría constitutiva, de tratar con la diversidad, es decir, de garantizar a todos, en un contexto común, un logro básico y, a la vez, llegar hasta donde lo permitan sus capacidades.

Para hacer esto se necesitarían, al menos, tres cosas. Primero, una más clara diversificación para con aquellos alumnos que, por la causa que sea, no pueden ni deben seguir escolarizados en las mismas condiciones, tal vez explorando formas de combinación de enseñanza escolar y trabajo-aprendizaje. Segundo, flexibilizar los tiem-

pos, desde la jornada, pasando por el calendario, hasta la duración de los estudios (y todas sus mediaciones: promoción, repetición, etc.). Tercero y sobre todo, dejando de mirar tanto al sistema y concentrando la atención *en los centros y en sus proyectos educativos*, que es donde puede y debe marcarse la diferencia.

La diversificación de la que hablo no es ya simplemente *curricular* sino *estructural*, del modelo mismo de escolarización. Creo que hay, al menos, tres colectivos para los que habría que pensar en fórmulas que permitieran el trabajo en combinación con la enseñanza a los dieciséis años y antes: los inmigrantes de la generación primera y media, los grupos gitanos más renuentes y los *objetores escolares*. En definitiva se trata de grupos de alumnos que están en la escuela contra su voluntad, y tal vez contra la de sus familias: los gitanos (hablo sólo de una parte de ellos), porque la escolarización *paya* encaja mal con su modo de vida, en particular su modo de vida económico; los inmigrantes de la generación *primera y media*, que son los que llegan con una edad en la que la escolarización es aquí obligatoria pero en su lugar de origen ya estarían (o ya han estado) trabajando; los *objetores* por un abanico de circunstancias que, sencillamente, han escapado al control de la institución, aunque



puedan haber sido de su responsabilidad. En todos estos casos, creo que la opción binaria o trabajar o estudiar resulta dañina, y que sería mucho más conveniente ofrecer la posibilidad de hacer ambas cosas al tiempo: trabajar para obtener con ello cierto grado de independencia, dignidad, autoestima, capacidad de contribuir a las necesidades familiares, etc., que se anhelan, y estudiar para no abandonar el sistema educativo *bajo mínimos*, sin cualificación o en condiciones de infracualificación.

La flexibilización en el uso del tiempo supone plantar cara a la que quizá sea la rigidez más absurda y más escandalosa del sistema escolar. Escandalosa porque el único motivo para no hablar de ella es que toca los intereses creados, y habitualmente no confesados, del profesorado. Absurda porque el principal recurso del proceso de enseñanza y aprendizaje es, con mucho, el tiempo, y sin embargo dejamos fuera del debate educativo la cuestión de la jornada escolar, injustificadamente corta para los alumnos con mayores dificultades; del calendario escolar, más propio de una sociedad campesina que industrial y marcado por una irracional interminable pausa veraniega; de la duración de los estudios, pensa-

da en función de un alumno *modelo* (o *vulgar*, tal vez) de clase media que resulta contraproducente cuando se aplica al conjunto de la población. En suma, nos aferramos al tiempo estandarizado como si fuera en sí mismo un objetivo, anteponiendo así los medios a los fines en un perfecto ejemplo de *ritualismo* burocrático.

El énfasis en los proyectos significa que, en una sociedad diversa y cambiante, lo que cuenta no es ya tanto cómo lo hacen el profesor individual o el microsistema, cuanto cómo lo hace el centro, y esto depende de su capacidad para imponer cierta comunidad de sentido y de propósito en el amplio y variado conjunto de actividades que forman la educación del alumno. Sin un buen proyecto, no puede haber una buena educación, y lo más asombroso de nuestro actual sistema educativo es cómo, con los mismos mimbres (pues la diferencia entre un buen y un mal profesor es enorme, pero la diferencia entre el profesor medio que resulta de un centro de treinta a cien docentes es prácticamente nula), puede haber unos pocos centros tan buenos y otros muchos tan malos.

[www.enguita.info](http://www.enguita.info)